

LA GEOGRAFÍA CREA PATRIMONIO



Fotografía: Magdalena Sierra

LAS CIUDADES CHILENAS NO SE PUEDEN ENTENDER SINO EN SU RELACIÓN CON LA NATURALEZA, QUE MUCHAS VECES LAS HA DESTRUÍDO, PERO TAMBIÉN LAS HA MOLDEADO. Y LAS HACE ÚNICAS.

Por Magdalena Sierra A., arquitecta, docente y secretaria de Estudios Facultad de Arquitectura y Diseño Universidad Finis Terrae.

La historia de las ciudades es geografía en movimiento. Pensemos solamente en aquellos lugares inhóspitos de habitar que se transformaron en las más avanzadas civilizaciones. O en cómo sobrevivir a -40°C o subsistir a la falta de terreno, teniendo que diseñar estrategias de crecimiento sobre aguas marítimas, desarrollando sistemas de cauces subterráneos, drenos, etcétera.

El mapa del mundo —y de Chile— finalmente ha ido respondiendo a estas preexistencias geográficas. Y es así como las culturas se van distinguiendo y consolidando, buscando patrimonios en cada hecho propio.

Dentro de este marco Chile y sus ciudades tienen mucho que presentar. No van a competir internacionalmente en tecnología, en historia, en transporte, grandes monumentos, educación y tantos otros temas en los que, aunque se está trabajando, simplemente

seguimos un modelo externo.

Lo único realmente propio y sobretodo diverso, es nuestro territorio y en él encontramos un patrimonio de nivel mundial, que es cobijado por una diversidad geográfica que es capaz de moldear la habitabilidad de la sociedad y hacer de ella una configuración nacional.

De esta manera, se va configurando un patrimonio urbano que mucho tiene que ver también con lo precario, con lo inestable, pues históricamente debemos volver a empezar cuantas veces el territorio lo señala.

Es que el hecho de ser la franja final en la zona de subducción, generada por el encuentro de la Placa de Nazca y la Placa Sudamericana, nos sitúa ante una inestabilidad permanente que vemos reflejada en los continuos terremotos y constantes erupciones.

A esto debemos sumar fenómenos como el calentamiento global, sequías, inundaciones, heladas y otros desastres naturales, que refuerzan nuestro particular modo de concebir y percibir las ciudades.

Pero esta inestabilidad, esta precariedad dada por la relación del hombre con su entorno natural, no han sido obstáculos para seguir soñando y desarrollando nuestras urbes, de que éstas sigan con sus dinámicas y se apropien del territorio.

Buenos ejemplos de esta sobrevivencia se han presentado desde que nos hemos ido desligando cada vez más de la colonización.

De este modo, aquellas ciudades no fundadas, como Valparaíso o aquellos asentamientos originarios muestran en extremo las condiciones propias del territorio. Se fundan en una apropiación, que hace al hombre perteneciente a un lugar.